

La autonomía de las realidades terrenas

El Vaticano II, en su constitución *Gaudium et spes*, consagró la expresión “autonomía de las realidades terrenas”. Autonomía es la capacidad que tiene uno de darse a sí mismo las normas, de autogobernarse sin influencia de presiones externas o internas. En este sentido, parece que el ser humano es autónomo, porque, a diferencia de los demás vivientes, que llevan almacenadas las leyes de su comportamiento en el código genético, nosotros tenemos la capacidad –y la necesidad– de ir elaborando nuestras propias normas de conducta, de gobernarnos a nosotros mismos. Y así, las comidas, la salud, los saberes, las experiencias religiosas, los juegos, las relaciones sociales, las acciones justas, las artes o la economía están plagadas de multitud de normas creadas por nosotros. El concilio da una razón “teológica” de dicha autonomía de lo humano. “No es sólo que [la autonomía] la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte” (Ibid.).

¿Por qué un concilio actual reconoce solemnemente algo que hoy parece tan evidente como es la autonomía humana? Sencillamente porque la jerarquía y el magisterio eclesiásticos no han sido precisamente un ejemplo de respeto a la autonomía humana, sino que han “determinado” y dictado durante siglos cuál era la verdad en filosofía, en moral, en el arte, en la ciencia, en las diversiones, en lo político y en los demás ámbitos de la vida. Por eso el concilio Vaticano II significó un golpe de timón en esta práctica al reconocer autonomía a las realidades terrenales. Ello no significa, sin embargo, que se hubiera dicho la última palabra y se diera por zanjada una cuestión que es harto compleja.

Es necesario apostillar que, para el concilio Vaticano II, la autonomía humana no es en ningún caso absoluta, pues ella está sometida al control de la *moral*. “Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, ...” (*Gaudium et spes*, n° 36). Podemos preguntarnos si las normas morales son a su vez autónomas o si, por el contrario, también ellas son dependientes. Muchos pensadores y no pocos teólogos afirman que sin duda las normas éticas o morales son autónomas y que no tienen por encima de ellas a ningún otro principio regulador. Seguramente el concilio no estaría del todo de acuerdo con esta postura, como puede derivarse de la siguiente afirmación: “... si *autonomía de lo temporal* quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras”. (Ibid.). Así pues, según el Vaticano II, el ser humano es, en las realidades terrenas, autónomo frente a los poderes eclesiásticos, pero no frente a la moral y a Dios. Algunos pensarán que así queda muy mermada la autonomía humana y que no hemos avanzado mucho respecto a los tiempos preconciliares.

LA AUTONOMÍA EN LA ANTROPOLOGÍA DE ELADIO CHÁVARRI

El problema de la autonomía de las realidades terrenas es, como decimos, complejo, y el concilio, que dio un paso de gigante, no lo aclaró en todas sus implicaciones. Recurro a la teoría antropológica de Eladio Chávarri para ver cuál es el alcance de la autonomía de lo humano, de las realidades terrenales¹. Para este autor, la vida humana se diversifica al menos en ocho *dimensiones vitales*: biopsíquica, cognitiva, económica, estética, ética, lúdica, religiosa y sociopolítica. Tales dimensiones vitales son parcelas de la vida y al mismo tiempo grandes canales de vida a través de los cuales los vivientes hombres nos relacionamos con nuestro hábitat humano y recibimos la riqueza o el deterioro que nos proporcionan los seres que pueblan ese hábitat. Si tales seres enriquecen o desarrollan al ser humano en alguna de estas ocho diversidades de vida, los llamamos *valores*; si lo deterioran o lo destruyen, *contravalores*. Y así, el agua de una fuente puede enriquecernos o deteriorarnos a través de esos ocho canales vitales porque es potable o contaminada (biopsíquica, dimensión vital y valor) objeto de estudio o de ignorancia (cognitiva), cara o barata (económica), hermosa o fea (estética), justa o injusta su distribución o posesión (ética), objeto o no objeto de juego (lúdica), signo de la presencia o ausencia de Dios (religiosa) y motivo de enfrentamiento o de armonía en las relaciones sociales (sociopolítica). El agua de la fuente, por tanto, puede sernos valiosa o disvaliosa de ocho maneras, y en cada una de ellas a su vez adopta cientos de variantes. Pues bien, éstos son los *valores* y los *contravalores*: los seres en cuanto que desarrollan o deterioran alguna dimensión vital del ser humano. En el valor hay, como integrantes necesarios, una porción de ser y también una porción de vida (dimensión vital). Ambos son elementos integrantes y necesarios de todo valor: los seres y la vida. Finalmente, a los procesos de creación y asimilación de valores y contravalores podemos denominarlos *experiencias*.

Hallamos aquí un primer nivel de autonomía –y quizás único–, importantísimo por lo demás: cada dimensión vital y cada valor/contravalor gozan de autonomía en cuanto que son irreductibles unos a otros, insustituibles entre sí en sus funciones humanizadoras o deshumanizadoras, e intransferibles, en el sentido de que tienen un proceso de nacimiento y de desarrollo específicos. Lo biopsíquico, por ejemplo, no puede ser sustituido por lo religioso en su función humanizadora o deshumanizadora. Aplicado a este nivel, sí sería acertado lo que dice el concilio: “Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía” (*Gaudium et spes*, nº 36).

Pero, a pesar de la diversidad que hemos señalado, las ocho dimensiones vitales –y sus respectivos valores/contravalores y experiencias– no existen ni funcionan en el ser humano de forma independiente, sino siempre relacionadas entre sí. Lo sociopolítico, por ejemplo, no puede prescindir de lo biopsíquico, cognitivo, económico, estético, ético, lúdico o religioso; toda la diversidad vital valorativa se desarrolla en mutua influencia y dependencia. Y hay todavía más en esta interacción vital: los valores no son asimilados por nuestras dimensiones vitales de forma aleatoria, sino siguiendo

¹ Eladio CHÁVARRI, *Perfiles de nueva humanidad* (1993), *Nuestro arquetipo humano. Trazos de su razón soberana* (1997), *Ensayos en torno a la racionalidad* (1990), *La condición humana en Tomás de Aquino* (1994), *La carga vital de la ciencia* (2006), todos ellos en la Editorial San Esteban, de Salamanca.

un orden. En el centro y dirigiendo ese orden siempre han estado los valores de una determinada dimensión vital. En principio, cualquiera de las ocho dimensiones vitales – o valorativas– puede ejercer la función de ser centro valorativo de las demás, pero, hasta hace bien poco, en casi todas las sociedades del planeta, esos valores rectores han sido los religiosos, en sus múltiples variedades y formas. Tales valores han ejercido una enorme influencia, de tal manera que han dado un nuevo modo de ser –“han modalizado”– a todos los demás valores al empaparlos de religiosidad. Sin embargo, desde el siglo pasado, los valores religiosos han sido desplazados y el centro valorativo ha sido ocupado ahora por los valores biopsíquicos y los económicos. Ellos son ahora los que “modalizan” a los demás valores otorgándoles una nueva sustancia; también a los religiosos y éticos. Casi ningún ser humano escapa a esta modalización valorativa económica y biopsíquica. Los que con toda razón han protestado –con razón– contra la tiranía de los valores religiosos y de sus funcionarios, quizás no se den cuenta de que estamos sometidos a una nueva tiranía: la de los valores económicos y biopsíquicos.

Todas las experiencias y todos los valores y contravalores organizados en torno a un centro valorativo forman un estilo de ser hombre, un *modelo humano*. A lo largo de la historia han existido tantos modelos humanos cuantos han sido los centros o núcleos valorativos diferentes. El modelo humano religioso, es decir, aquél que tiene como centro o núcleo valorativo a los valores religiosos, ha sido hegemónico durante mucho tiempo. El modelo humano actual –que algunos llaman de la sociedad de consumo y que Eladio Chávarri denomina Hombre Productor Consumidor (HPC)– ha sustituido a los valores religiosos y, como hemos dicho, ha colocado como núcleo valorativo a los valores biopsíquicos y económicos. Y llegados aquí hay que decir que el modelo humano que uno vive es el punto de referencia último para valorar una determinada acción como *humana o inhumana*, sea pelar patatas, conducir un coche o asistir a misa. Con lo que una misma acción puede aparecer para unos como humana y para otros, como inhumana, si están tomando como referencia modelos humanos opuestos. Así, negar a Dios representa para cualquier modelo religioso o teologal el acto de la máxima inhumanidad, mientras que para el HPC puede significar un acto de madurez humana.

No hay que pensar que todo este funcionamiento antropológico se produce en el individuo aislado de los grupos y de la propia especie humana. Es imposible que el individuo adquiera valores y los organice en modelos humanos sin la “mediación” de los grupos sociales a los que pertenece.

De todo lo que llevamos dicho, observamos que Eladio Chávarri destaca en el ser humano más las *interacciones* que la *autonomía*. Aunque, para este autor, ello no significa de ningún modo la destrucción de las *diferencias que existen en las dimensiones vitales, los valores, las experiencias, los modelos humanos o los individuos*, ni que una diferencia se imponga a las demás y las mengüe o anule. Todo lo contrario: la riqueza de los seres está en sus diferencias. Pero, por otro lado, es necesario destacar que la vida humana no funciona como un conjunto de partes autónomas, sino en mutua relación. Si no se da esta relación, la vida humana no es posible.

Recordemos que la última clave de la situación y alcance de la autonomía humana nos la da el modelo humano y, sobre todo, su núcleo valorativo. Éste es el que “modaliza” –da un nuevo modo de ser– a todas las demás experiencias humanas, a las que añade la más comprehensiva de las atribuciones: el ser humanas o inhumanas. Son

humanas cuando contribuyen a mantener o desarrollar un determinado modelo humano; inhumanas, en el caso contrario. Arreglar motores de aviones, distribuir las rentas de esta o de la otra manera, rezar a este Dios o a aquél o a ninguno, componer tal o cual música, etc. son acciones concretas y específicas, pero también pueden y deben ser calificadas como humanas o inhumanas en cuanto que están “modalizadas” por el núcleo valorativo de un determinado modelo humano. El inaugurado por Jesús de Nazaret calificará como inhumanas muchas conductas que el modelo de la sociedad de consumo estima como altamente humanas; y, al revés. Así pues, vistas desde los modelos humanos en los que los hombres estamos insertados a lo largo de la historia, nuestras experiencias tienen una autonomía “relacional” (mejor que relativa) al modelo humano y a su núcleo valorativo. Nos escandalizamos de cómo actuó la jerarquía eclesial católica en el caso Galileo, pero no nos damos cuenta de que los poderes económicos actuales imponen con mucha mayor contundencia a la ciencia lo que debe investigar, cuándo, cómo y para qué. Y no les exigimos que pidan públicamente perdón por ello. Porque estamos metidos de lleno en este tipo de modelo humano y nos parece tan “natural” que así sea.

CONCLUSIONES

1. Ninguna acción humana es autónoma respecto de los valores del núcleo del modelo humano en el que cada hombre vive. Ni siquiera la ética o la religión dejan de estar “modalizadas” por ese núcleo o centro valorativo. Véase, por ejemplo, cómo hoy se centra el mensaje de liberación de Jesús en los pobres y en los enfermos; precisamente la pobreza y la enfermedad son contravalores —económicos y biopsíquicos— del núcleo de nuestro modelo humano de la sociedad de consumo. Es probable que en otros modelos de vida, el mensaje de salvación de Jesús se viera de otra manera.
2. No se puede seguir haciendo una división dicotómica de la ética en ética religiosa y la ética laica. Ciertamente existe una ética religiosa, cuando el núcleo valorativo del modelo humano en el que está insertada dicha ética está formado por valores religiosos; pero con la misma propiedad y precisión hay que calificar a una ética de biopsíquica, económica, sociopolítica, etc., si el centro valorativo de su respectivo modelo humano son los valores biopsíquicos, económicos, sociopolíticos, etc. A la ética no cabe aplicarle el calificativo de “laica”, como si, frente y en contra de los valores religiosos, todos los demás constituyeran “la laicidad”. Precisamente hoy la ética es económica—biopsíquica, porque el núcleo de nuestro modelo humano lo constituyen esos valores. Y basta con esa denominación.
3. La ética autónoma no existe ni ha existido nunca. Con quitarle a la ética la influencia de los valores religiosos no queda sin más una ética aséptica, neutral, porque siempre otros valores tan modalizadores como los religiosos los han sustituido y han pasado a formar el núcleo valorativo del nuevo modelo humano. Repetimos: hoy la ética —y la política— rezuman modalización económica y biopsíquica por todos sus poros; no son nada autónomas.
4. Cada uno está en su derecho de seguir el modelo humano que estime más conveniente para su vida. Aquí no vale el eslogan que aún siguen enarbolando con pasión algunos cristianos: “sólo la verdad tiene derechos, no el error”; porque en la

razón de la adhesión a éste o a aquel modelo humano nada hay demostrable. Pueden seguirse los caminos más impredecibles. En los diálogos –que urge llevarlos a cabo– los cristianos debemos adquirir la conciencia de que nos sentamos en pie de igualdad –no de superioridad– con los que han adoptado otro modelo de vida. Quizás sea éste el contexto en el que se mueve en pensamiento del Vaticano II sobre la autonomía de las realidades terrenas: no imposición por la fuerza del modelo humano cristiano.

5. Para los que seguimos el modelo humano iniciado por Jesús de Nazaret, todos los seres y actuaciones son *signos* del Reino de Dios, y como tal deben ser considerados. En último término esos seres y esas acciones humanizan o deshumanizan según el modelo cristiano. Y aquí no cabe hablar de autonomía: todo para un cristiano es religioso de una manera peculiar. Pero ¡ojo con atribuir al modelo humano de Jesús lo que son prácticas de otros modelos humanos! Por ejemplo, el poder.

6. Según lo que llevamos dicho en estas conclusiones, parece que proponemos volver a la situación de “cristiandad” anterior al concilio Vaticano II, en la que la jerarquía eclesiástica dictaba las pautas para todo el ámbito del actuar humano. Nada más lejos de esto. Ya he dicho que cada uno es muy libre de elegir el modelo humano que estime más conveniente para el desarrollo de su vida. Por tanto, las jerarquías eclesiásticas católicas no deben pretender imponer al mundo su modelo humano, sino vérselas con otros que existen con igual derecho. Esos “otros” se resumen hoy día en uno solo: el de la sociedad de consumo, que se ha extendido por el mundo entero, incluida la propia Iglesia cristiana. Con este modelo pueden y deben dialogar, disentir, criticar y oponerse los cristianos. Pero, también tenemos que estar dispuestos a recibir de él la crítica y la oposición, porque, como hemos dicho, se trata de un diálogo entre modelos humanos soberanos. Ya no se puede apelar al derecho a la no injerencia en el modelo humano propio, cuando conviene; todos los modelos humanos están sometidos al juicio por los demás. No conozco a ningún gobernante que haya visitado al Papa y le haya hecho saber a éste la situación de inferioridad en que se tiene a la mujer en la iglesia católica. Y podrían y deberían hacerlo, porque el modelo de la sociedad de consumo ya hace tiempo que ha superado esta inhumana situación.

7. Si para un cristiano, todo es signo del Reino, es decir, contribuye a humanizar o deshumanizar según el modelo iniciado por Jesús de Nazaret, ¿cuál es el ámbito de actuación del magisterio eclesial? En principio hay que afirmar que todas las conductas de los creyentes en cuanto que humanicen o deshumanicen según el modelo cristiano. Y hay comportamientos que deshumanizan más que otros. Por ejemplo, el hambre y la desigual distribución de la riqueza en el mundo. Nuestros obispos han dedicado más tiempo y esfuerzo a la presencia y consolidación de la asignatura de religión en los currículos de los centros educativos estatales que a paliar el sufrimiento de los más pobres de la tierra. Además, la actuación magisterial debe hacerse al modo de Jesús, que no ha venido a dominar y a ser servido. Con todo, discernir la dimensión jesuánica de las conductas no es tarea fácil, pues ninguna realidad humana agota la riqueza humanizadora que hay en tal modelo. De ahí que proponer, por ejemplo, como paradigma de cristiano a un determinado partido político no deja de ser una equivocación mayúscula, pues el potencial político del modelo de Jesús de Nazaret no cabe en un solo partido, que estará lleno –con toda seguridad– de múltiples inhumanidades cristianas. Quizás varios partidos pueden representar mejor la amplia y

variada riqueza cristiana, sin que ello signifique aceptar o pasar por alto sus respectivas inhumanidades.

BALDOMERO LÓPEZ CARRERA 2010